

LA EUCARISTIA Y LOS HOMBRES DE HOY

Karl Rahner, S. J.

He aquí el título de uno de los temas tratados por este teólogo jesuita mundialmente conocido, sobre todo desde que sus intervenciones como Perito del Concilio Vaticano II suscitó el interés de los Padres conciliares y del gran público en general por conocer más de cerca sus escritos.

En él desarrolla y afina los conceptos tradicionales sobre la Eucaristía de modo que puedan ser asimilados por las mentes de nuestros contemporáneos, haciendo con ello un inapreciable servicio a la Iglesia.

Como una muestra de lo que valen sus elucubraciones presentamos aquí la traducción del Cap. VI que él titula "La visita al Santísimo Sacramento", esperando que pronto pueda ser conocido el libro entero en su traducción española. De momento existe una traducción francesa del original alemán, hecha por el Canónigo Charles Muller, que se puede conseguir en la Editorial Mame¹.

Para tratar de este tema sería necesario comenzar por unas cuantas generalidades sobre la meditación, el recogimiento, el silencio, la oración, la piedad privada. Aquí las suponemos adquiridas.

Es, con todo, probable que los problemas y las dificultades suscitadas a propósito de las "visitas" al Santísimo Sacramento, es decir de la oración ante el Sacramento de la Eucaristía conservado en el sagrario, tienen de hecho frecuentemente un objeto más general: la oración contemplativa privada y de cierta duración; y en cuanto a las objeciones puestas contra la "visita" misma, ¿no serían con mucha frecuencia especies de motivaciones intelectuales alegadas como una reacción para sustraerse a las exigencias de la actitud contemplativa? ¿O en otros términos: ¿conocéis muchas personas que se entregan voluntariamente y extensamente a la meditación y que por otra parte experimenten dificultades ante la "visita"? En todo caso no estaría mal el invitar a todos aquellos que se declaran en contra de ella a que examinen mejor su actitud y se pregunten si sus objeciones no traicionan más bien en realidad la reacción del hombre que, absorbido por sus ocupaciones, se esfuerza en sustraerse a Dios huyendo del recogimiento, incapaz de soportar esta paz de Dios que juzga y que purifica.

Una tradición milenaria.

Los que ponen en tela de juicio el sentido de la "visita" conviene que conozcan la extremada fragilidad de las teorías que se alegan, apoyándolas en la historia de los dogmas y de

1. En la Orientación que publicamos al comienzo de este número de "ECA" podrá hallar el lector las razones que aconsejan la publicación de este artículo.

la piedad. De ordinario adolecen del defecto de dar una interpretación errónea a hechos exactos. Que los tales no los invoquen para recusar la doctrina del Concilio de Trento o sencillamente para no tenerla en cuenta en la práctica.

Según el Concilio de Trento, es una verdadera herejía, una herejía declarada, el negar, en teoría y en la práctica, el deber de rodear a Jesucristo en el sacramento del altar, de un culto de adoración que revista una forma exterior, o la legitimidad de una fiesta especial en honor de Jesús-Eucaristía, de las procesiones eucarísticas, de las "exposiciones", de las "reservas" (cf. Denz. 878, 879, 888, 889). Tales textos dogmáticos dejan evidentemente en las sombras varias cuestiones: ¿cuál es la significación intrínseca de todas estas cosas? ¿Cuál es el puesto que tiene el culto eucarístico de adoración y la práctica de la sagrada reserva en el conjunto de la vida cristiana y de la acción litúrgica? Es evidente que ha habido en el curso de la historia de la Iglesia épocas y expresiones de la piedad cristiana que han podido dar la impresión, como se ha dicho con mala intención, de que la misa matinal sólo servía para conservar la hostia destinada a la bendición vespertina con el Santísimo Sacramento. Por su parte, la Iglesia oficial no ha intervenido con bastante energía y se han seguido verdaderas distorsiones en el sentido eucarístico. Pero ello no toca al fondo de la cuestión.

Aun cuando el motivo primario de la sagrada reserva fuera la comunión a los enfermos, la definición del Concilio de Trento así como una práctica varias veces secular, unánime y fructuosa, compartida por los santos más inspirados, no deja la menor duda sobre "el valor específico y global de la devoción al Santísimo

Sacramento fuera (si así puede decirse) del Sacrificio mismo, bien se trate de ejercicios de piedad personal o de ciertas formas públicas y comunes, tales como las "bendiciones" y las "exposiciones". Tenemos en ellas manifestaciones de una fe auténticamente cristiana. Pero, al decir esto, no intentamos abogar por toda clase de manifestaciones en este terreno: ni por la exposición del Santísimo Sacramento durante la misma misa, ni por el gusto de tener exposiciones "por el placer de ver la hostia", que lleva a la multiplicación indiscreta de esta práctica, etc.

El "ideal" de la vuelta a la antigüedad.

Quiero subrayar también la vanidad de un argumento aducido frecuentemente contra la devoción eucarística fuera de la misa: el hecho de que no ha existido siempre en la Iglesia.

Sería empobrecer considerablemente el patrimonio de la piedad católica y ceder ante un falso romanticismo el volverse constantemente hacia la práctica de la Iglesia en las primeras edades y denegar el carácter evolutivo de la piedad en el curso de la historia. Porque "el cristianismo se desarrolla en la Historia". Y una práctica milenaria, que no aparece en la historia de los mil primeros años, tiene con todo sus derechos. Si se quiere erigir en regla absoluta de piedad la práctica de los primeros siglos, hay que ser lógico y hay que aplicarla a todos los casos: al ayuno, a la estima universal con la que se rodeaba a la virginidad hasta el punto de depreciar el matrimonio, a la duración (que hoy encontramos bien excesiva) de los oficios, al pesado aparato de las prácticas de la vida monástica, etc. Los criterios de autenticidad cristiana no podemos ir a buscarlos sino en el Espíritu de la Iglesia, de la Iglesia de todos los tiempos, y en una humilde reflexión sobre las estructuras fundamentales de la realidad cristiana.

Aun cuando estas estructuras existan y la Iglesia esté allí para atestiguarlas, esto no quiere decir que las consecuencias a las que conducen no tengan también su historia y que lo mismo en el terreno teórico que en el práctico hayan alcanzado en cualquier época el mismo grado de explicación.

Pero desde el momento en que afloran netamente a la conciencia de la Iglesia, constituyen un aspecto esencial de su existencia. Y es dar muestra de una gran falta de sentido histórico (como si se pudiera remontar el curso de la Historia!) el querer, en nombre de cierta "pureza", volver a sus formas primitivas las realidades eclesiales, cuando estas han alcanzado un cierto grado de desarrollo. Hay que decir más bien que en la Iglesia, como en la vida del individuo, existe un "devenir" y que este devenir goza de un derecho de posesión. Ello no vale

tan sólo para las verdades de carácter teológico.

Si se tiene en cuenta estos principios generales de apreciación referentes al desenvolvimiento y al uso de las "cosas de la Iglesia", y si se considera el carácter universal, poderoso, duradero y claramente manifestado, de las aprobaciones y los alientos instantes que ha recibido de parte de la Iglesia esta piedad eucarística extra-oficial, si recuerda cómo la Iglesia ha rehusado abandonar la práctica de la sagrada reserva, cual sea la doctrina que profesa sobre el carácter latréutico de la devoción al Santísimo Sacramento... sería insensato predecir la desaparición de este culto; lo cual no quiere decir que no pueda pasar en el porvenir por algunas vicisitudes. En este sentido la encíclica "Mediator Dei" no contenta con preconizar la adoración de la Eucaristía, aboga por las "piadosas y cotidianas visitas ante el tabernáculo". El derecho canónico recomienda también "la visita al Santísimo Sacramento" (125, 2; 1273), y quiere que forme parte de la enseñanza religiosa dada a todos los fieles. Véanse igualmente los cánones 1265-1275, que tratan de la guarda y el culto de la Sagrada Eucaristía; nótese que para numerosas iglesias es un deber la conservación del Santísimo Sacramento.

Pero viniendo a los argumentos intrínsecos, ¿qué sentido debe darse y cuál debe ser el contenido de las "visitas"?

Nos parece que no se debería, como se ha hecho de ordinario, relacionarlas exclusivamente con la presencia real de Cristo y con la adoración que esta merece como tal. Puede uno preguntarse en efecto, si este fundamento tradicional, justo en sí mismo, pero algo formalista, sea psicológicamente lo bastante poderoso para acabar con las resistencias que se oponen hoy a la práctica en cuestión. O bien habría que desarrollar las verdaderas consecuencias.

Una objeción: la Eucaristía es esencialmente alimento.

He aquí la objeción fundamental que se alega en nombre de la teología. Es cierto que Cristo está realmente presente en el Santísimo Sacramento. Pero ¿cuál es la finalidad de esta presencia? ¿El placer de hallarse entre nosotros? ¿Para ser adorado y honrado en razón de esta misma presencia, para presidir en su trono y conceder audiencias?

Sea que se dé una respuesta afirmativa, o que se limite la respuesta como la teología dogmática nos invita, a decir que en ello no se da sino una de las varias motivaciones válidas, convendrá en todo caso recordar en primer lugar la enseñanza del Concilio de Trento (Denz. 878): el sacramento de la Eucaristía ha sido instituido por Cristo, nos dice, "ut sumatur" (para que sea tomado en alimento). La estruc-

tura fundamental de la Eucaristía es su carácter de "alimento", su relación al uso que se debe hacer de ella. Tal es la verdad básica para todo nuestro razonamiento (...)

Este principio implica ciertamente la presencia real de Cristo, puesto que el alimento ofrecido no es otra cosa que su cuerpo y su sangre. Pero desborda esta simple afirmación, puesto que nos presenta el don que nos hace como destinado a ser tomado en alimento. Hay, pues, que utilizarlo aquí con toda la amplitud de su contenido.

Siendo esto así, se ve claramente por dónde va la objeción. Es evidente —se dirá— que Cristo merece la adoración cuando se "hace uso" del mismo, porque está presente cuando se nos da como alimento de la vida eterna. Pero "cómo", a partir de este principio básico, "justificar" el culto fuera de esta presencia, un culto que no se confunde con la adoración del Señor necesariamente concomitante a la recepción de su Cuerpo, un "culto que se sitúa fuera de tal recepción" e independientemente de ella? Ved a los protestantes: se resisten aquí a hacer un uso formal de la lógica, no se creen autorizados por la Escritura para entender así el culto eucarístico.

Notemos que el Concilio de Trento justifica la sagrada Reserva por la necesidad de poder dar la comunión a los enfermos. No invoca ninguna otra razón y en ello se remite a los datos de la Historia: es efectivamente la necesidad (o la legitimidad) de recibir la comunión fuera de la misa lo que ha motivado en un principio la sagrada Reserva y no la necesidad de tener cerca de sí a Jesús como "dulce solitario del tabernáculo". Considera, por tanto, la sagrada Reserva de las especies en relación esencial con la recepción del sacramento y al hacerlo, explica la práctica de la sagrada Reserva en la línea del principio fundamental evocado más arriba (cf. Denz. 879, 889).

Respuesta de la Sagrada Escritura.

Nos basaremos aquí, en lo que a nosotros se refiere, únicamente en la Biblia, en los datos bíblicos más originales.

"El Cuerpo y la Sangre", es el mismo Señor.

Comenzaremos por decir que una exégesis rigurosa ve en el cuerpo y la sangre a la persona del Señor toda entera. El cuerpo y la sangre designan aquí a la persona de Jesús en cuanto encarnada, designan a su "yo" en su constitución física, este ser vivo que se ha "mezclado" con la sangre para llenar su cometido de servidor de Dios estableciendo la nueva "Alianza" en esta sangre. Es pues El mismo el que se da en alimento. Pero entonces, no se trata tan sólo, en el lenguaje del Nuevo Testamento, del cuer-

po y de la sangre de Jesús en el sentido restringido que el lenguaje moderno atribuye a estas palabras, de tal modo que haría falta recurrir a una especulación teológica y a la noción de "concomitancia" (Denz. 876) para entender legítimamente el sentido de las palabras expresadas de Jesús y hacerlas designar la presencia de toda su persona en el sacramento. Pero la verdad es otra. Lo que Cristo nos da, si nos atenemos a sus mismas palabras, interpretadas directamente según la significación que tienen en la lengua aramea, es El mismo. ¿No vemos por otra parte cómo San Juan (6, 57) emplea la primera persona del pronombre personal en lugar de la "carne" y de la "sangre"? Es por tanto él mismo todo entero el que él da verdaderamente en comida. También "la adoración está aquí plenamente justificada, porque se trata de El "y no de un alimento que se compondría de "elementos".

La antigüedad cristiana ha podido adoptar con respecto a la Eucaristía un comportamiento de esta clase. Pero tal actitud no podría presentarse en modo alguno como la interpretación exacta y exhaustiva del dato bíblico. Por el contrario, el sentimiento que se ha tenido en la Edad Media de hallar en la Eucaristía a la Persona encarnada de Jesús está totalmente de acuerdo con el espíritu de la Biblia. Y por esto se puede invocar muy bien a esta para legitimar todos los actos por los que se entiende testimoniar a alguien la consideración debida a su naturaleza; y aquí se trata de la Persona de Jesús!

Cristo está allí presente.

Demos otro paso. El lenguaje de la Escritura, es tan claro como sencillo: si el Señor, con su realidad corporal, su poder creador de salvación y de la nueva Alianza, se halla allí como alimento, está "como alimento ofrecido para nuestro uso" y no como alimento que se ha tomado ya. Una frase como esta: "Cristo está allí como alimento" no podría significar en el lenguaje de la Biblia que se halle presente por el hecho de que sea tomado como alimento, sino más bien "que está presente para ser tomado como alimento". El uso del sacramento supone el realismo de su contenido, este no es la consecuencia: sobre este punto los luteranos están totalmente de acuerdo con los católicos, frente a los protestantes reformados.

Si se comprende esto, no hay mayor dificultad en admitir la proposición siguiente: en tanto en cuanto el alimento está allí, destinado a ser tomado, el Señor está allí para ser recibido por nosotros; y en tanto en cuanto está allí ¿cómo es que nosotros no podremos y no deberemos venir a él como al Señor que se ha dado por nosotros y que quiere darse a nosotros?

Es preciso decir aquí sin rubor, que la cristiandad, desde los tiempos más antiguos, ha desarrollado tranquilamente la idea de que el alimento sacramental, como el alimento ordinario, no pierde su carácter de alimento a medida que crece el intervalo de tiempo que separa las palabras de la consagración del momento en el que se le recibe. ¿No vemos esto mismo en la misa? Porque de hecho pasa cierto tiempo entre la consagración de las especies eucarísticas y su recepción. Y lo mismo sucedió en la última Cena, entre el momento en el que Jesús pronunció las palabras sagradas presentando a los apóstoles el pan y el vino y en el que éstos abrieron la boca para recibirlos. "En tanto en cuanto, según la estimación corriente de los hombres, el pan continúa siendo pan", algo que se ha hecho para ser comido (tenemos aquí en efecto un concepto esencialmente humano y no un simple objeto químico), "Cristo está presente allí", el Cristo que se ofrece él mismo en alimento, con todo lo que esto implica como actitud correspondiente por parte del hombre llamado a recibirlo. Y he ahí lo que legitima el culto de adoración hacia la Eucaristía.

Pero la recíproca es igualmente cierta. La adoración de Cristo en la Eucaristía, no realiza plenamente el objeto del culto sino en cuanto el Señor se adora en ella como quien se ofrece a nosotros en alimento, como el "servidor de Dios" que ha tomado un cuerpo y que está allí corporalmente presente, que ha fundado con su sangre la nueva y eterna Alianza y que quiere, al darnos este pan en alimento, dárseños, para hacérsenos nuestro, como la salvación que es El mismo con todo su peso de realidad y su carácter definitivo.

Así entendida, la presencia de Cristo en todo lugar donde se la encuentra realizada, es bajo

especies sensibles, la presencia misma de nuestra salvación: una presencia que recuerda el arte sacrificial y sacramental al que ella debe su origen, una presencia que es como un preludio a la recepción de la Eucaristía, este acto por el que esta salvación se convertirá plenamente y sacramentalmente en nuestro propio bien.

Resulta superfluo —así lo esperamos— el suscitar la cuestión de saber cuál hostia es la que adoro, aquí o allí. La teología no tiene en efecto nada que ver con ello. Lo esencial es que Cristo está allí, y yo soy llamado a recibirle cada vez que abro la boca para recibir una hostia consagrada, cualquiera que esta sea concretamente.

Sacrificio y comunión.

De este modo llegamos a determinar al mismo tiempo que el contenido, el sentido exacto que tiene la "visita". Pone, también ella, al hombre en presencia del signo objetivo y sacramental de la muerte ofrecida por Jesús en sacrificio por nuestra salvación; es la continuación de la misa en el plano interior y personal y la concreta con la comunión futura. Hay, pues, que decir de la visita todo lo que se había de decir con motivo de la acción de gracias y de todo lo que es, en el sentido propio de la palabra, la preparación para la comunión. Cada una de estas dos prácticas son bien dignas de realizarse cuando nos hallamos ante el signo objetivo de lo que es a la vez el fundamento de nuestra salvación y el medio de apropiárnosla; cuando nos encontramos ante el cuerpo y la sangre del Señor, ante el Señor presente con la realidad concreta de su cuerpo que quiere dar en alimento sacrificial de una manera propia a cada uno.

FERRETERIA Y ABARROTERIA

le ofrece al mejor precio

VIDRI DUCH & CIA.

Teléfonos: 21-52-80 y 21-52-81.

San Salvador.

LIBRERIA CERVANTES

4ª Av. Sur Nº 110.

Extenso surtido de Estampas,
Rosarios y Libros.

Regalos:

Todos a precios económicos.

Prontitud de servicio.

Teléfono 21-41-22.

San Salvador.